



ISLAS, 47(145):148-157; julio-septiembre, 2005

Francisco Ichaso | *Notas para el  
IV Centenario  
de Cervantes*

**E**l mundo hispánico se apresta a festejar el IV centenario del nacimiento de Cervantes. Es lástima que la hispanidad, concebida como un espíritu indiviso, repartido entre dos mundos, padezca ahora en su unidad como consecuencia de la pugna política existente entre la España actual y nuestra América, porque ese acontecimiento histórico, literario, cultural, merece ser exaltado en una comunión perfecta de todos los que hablan el idioma que el autor del *Quijote* llevó a un grado de eficacia y de universalidad no alcanzado antes ni superado después.

La gran epopeya espiritual de los pueblos es la lucha con sus propios medios de expresión. No tendría lugar esa lucha si el hombre sólo viese en el idioma un instrumento *necesario* para comunicarse y entenderse con los demás hombres. El idioma empieza a ser problema, es decir, dificultad, obstáculo que hay que vencer, cuando deja de ser una *necesidad* para convertirse en un *lujo*. O lo que es lo mismo: en el momento en que se inicia el tránsito de la lengua vulgar a la lengua literaria.

Ese tránsito, por otra parte, es indispensable para que el idioma llegue a *ser*, para que no se quede en jergonza convencional y práctica, en *preidioma*; con lo que se da la paradoja de que la lengua, como cosa literaria, es un *lujo necesario* del ser humano. Pudiéramos decir que el hablar es un imperativo biológico, pero el hablar bellamente, una función superior del espíritu.

En la batalla con el idioma observaba Valery cómo reside el heroísmo del poeta, del escritor, en el hecho apenas considerado de tener que emplear para usos excepcionales, como son los

[148]





que conciernen a la expresión de lo bello, el lenguaje normal y corriente de todos los días. De ahí el afán del hombre de letras por exhumar vocablos olvidados, por sacar a la luz palabras que parecían dormidas en los senos del diccionario, por acuñar neologismos, por inventar voces o combinaciones de voces. Todo movimiento literario va acompañado de esta especie de creacionismo idiomático. Los ensayos de aglutinación de Joyce constituyen un próximo y señalado ejemplo.

Una de las más grandes emociones que experimentamos al leer a los primitivos españoles es la de ver cómo batallaban con una lengua balbuciente, cómo querían sacarle filo y lustre a romos y apagados vocablos, cómo en ocasiones vencían y otras veces eran vencidos por la palabra, necesaria enemiga. Sólo el escritor sabe íntimamente de ese forcejeo dramático con el lenguaje, que es instrumento, pero también resistencia. El día que pudiéramos escribir sin palabras, con algo así como la secreción impalpable del espíritu, habríamos llegado de verdad a la poesía pura.

En el caso del primitivo español la lucha era doble, porque había que enfrentarse con una lengua vulgar que descendía a su vez del *sereno vulgaris* traído a la península por las legiones romanas. El lenguaje tenía, pues, todas las trazas de una jerga fronteriza, un batiburrillo de palabras, expresiones y giros del más vario jaez, dentro del cual había que imponer una disciplina, un sistema. ¡Y pensar que en este paupérrimo idioma se compuso el poema del Cid!

El Arcipreste de Hita y Fernando de Rojas son a nuestro juicio, los dos grandes precursores de la edad clásica. Cuando leemos el *Libro del Buen Amor* y *La Celestina* presentimos el *Quijote* y el teatro de los siglos áureos, las manifestaciones más altas, más universales, de nuestra literatura. En la batalla del idioma, Juan Ruiz pierde todavía algunas escaramuzas y se le ve adoptar una táctica escurridiza, de pega y huye, muy propia, por demás, de su travieso ingenio. El bachiller de Talavera da siempre la cara al enemigo y el va ganando terreno hasta quedar, al final de la tragicomedia, como dueño del campo. Con razón apuntó Diez-Canedo que "aquí el castellano se nos muestra con toda su agilidad juvenil, apto ya para expresarlo todo".

Cervantes el que realiza la "facción prodigiosa", el verdadero Lepanto del idioma. Esa aptitud "para expresarlo todo" se ma-

[149]





nifiesta en el *Quijote* a plenitud. La descripción realista del paisaje o su idealización poética, la pintura de los caracteres por dentro y por fuera, la reflexión filosófica, el apotegma moral, el diálogo suelto y sabroso, al leve apunte humorístico o la fuerte nota satírica, el tono grave, sentencioso, narrativo, coloquial, apologético, discursivo, poemático, imprecatorio, paródico, todo lo que la mente humana puede concebir como materia de arte, está expresado en el *Quijote* con la fuerza precisa, con el matiz justo, con la entonación necesaria. Dentro de una cabal unidad de estilo, Cervantes trazó a lo largo de su obra capital un tejido infinito de variaciones. Y el lenguaje no le ofreció nunca, como los anteriores, una resistencia invencible. ¿Por qué? Sencillamente porque maduró en sus manos. El español se hizo mayor de edad en la pluma cervantina. A partir del *Quijote* irá quedando cada día más atrás esa “juvenilia” señalada por Diez-Canedo en *La Celestina*. Su ímpetu un poco ciego se hará fuerza consciente. Sus agrios mostos originarios advendrán solera finísima.

“Hablo como escribo”. Con esta simple confesión había definido Juan de Valdés los fundamentos de toda una estética del lenguaje. Claro que la expresión no puede aceptarse en todo su literal simplismo, pero sí como norma primera. Como “ley de oro” que el escritor jamás debe olvidar. No se escribe literalmente como se habla, entre otras razones porque las actitudes son distintas en uno y otro caso; el escribir requiere algo así como “una toma de posición” que el coloquio no exige. Sin embargo debe escribirse “a imagen y semejanza” de una espontánea y suelta conversación. Esmerarse no es amanerarse y mucho menos traducir el esfuerzo literario en una forma que parezca afectación o pedantería. En Cervantes se produce de un modo cabal esa fusión de los elementos coloquiales y artísticos que es el gran secreto de la obra literaria. Desde aquel “desocupado lector” del prólogo hasta el soliloquio final de Cide Hamete Benengeli frente a su pluma, se advierte en toda novela el propósito de rehuir las modas estilísticas de la época, en lo que tenían de deliberación, de forzada hechura, para adoptar una postura conversacional frente a los lectores, como si dijéramos para entablar un animado coloquio con cada uno de ellos. Los pasajes del *Quijote* en que el lenguaje resulta afectado tienen una intención satírica o marcadamente paródica; sólo que algunos preceptistas de la literatura no lo han comprendido así y les han

[150]





dado una categoría de “modelos del lenguaje” que hubiera hecho reír al propio Cervantes con aquélla su risa más piadosa que cáustica.

Cervantes toma un idioma que apenas empezaba a salir de la domesticidad y lo lanza al mundo diciendo: “De esto somos capaces”. Después de la hazaña colonida, los españoles no han realizado hazaña mayor. El almirante de las tres carabelas completó el mundo. El almirante del *Quijote* completó el idioma. “Por mi raza hablará el espíritu”, y el espíritu habló en Colón con voz bronca de aventurero genial e iletrado y en Cervantes con verbo sutil de humanista. Y en una y otra voz hay un acento común: el del ensueño. Las dos más grandes hazañas de la raza son obra de soñadores, de visionarios. Colón descubrió tierras que integraron el mundo. Cervantes descubrió el sentido del mundo en la eterna dualidad de su maravillosa novela, redondeando en lo espiritual lo que Colón había redondeado en lo geográfico. Y a despecho de todos los trances y vicisitudes por que España ha pasado y pueda en el futuro pasar, quedarán siempre como creaciones cimeras de su genio la América y el *Quijote*.

La América y el *Quijote*. Porque la América no son unas tierras ni el *Quijote* es un libro. En estas aventuras el hallazgo físico es lo de menos. Cualquiera encuentra una cosa, sea un pedazo de paisaje, sea un pedazo de humanidad. Lo difícil es hacer de esos fragmentos del mundo todo un mundo. Y eso sólo puede hacerse cuando se tiene la aptitud creadora.

Navegando hacia el oeste Colón encontró tierra. Navegando hacia el punto cardinal de su política - una política más preocupada por lo eterno que por lo perecedero - España encontró espacio donde sembrar su espíritu. Por eso cabe hablar del Nuevo Mundo como la más apasionada y apasionante creación del espíritu hispánico.

Tratando de dar una batida a los libros de caballería, Cervantes se encuentra con aquel hidalgo de la Mancha “de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”, a quien los tales libros le habían secado el cerebro y contagiado la manía aventurera. Un loco como tantos en el mundo. Pero este loco era también espacio humano para la simiente del genio. Y Cervantes siembra y hace germinar en su carne toda una filosofía de la vida. Y Don Quijote ya no se resigna a la maldad, a la

[151]





injusticia, a la mediocridad. Como ha dicho el poeta León Felipe “Don Quijote no ha realizado más que una aventura: la de darse por entero a buscar una fórmula de universalidad mediante el amor y la justicia, donde cupiesen todos los seres humanos”. Don Quijote es un loco por necesidad en un mundo donde hay demasiados cuerdos por conveniencia. Su locura es afirmativa, creadora, porque resalta sobre el cretinismo y la pillería de aquéllos que, al querer burlarse de ella, no hacen otra cosa que poner de relieve la ruindad de sus almas.

Don Quijote es el arquetipo de una manera de vivir que se ha considerado española por excelencia (quijotismo y españolidad son sinónimos en el extranjero), a pesar de que en el personaje hay rasgos tan universales que casi todos los pueblos han percibido en ellos un matiz muy característico de su genio. Y es que lo español, lo profundamente español en el *Quijote*, no es tanto la actitud como el acento. Quijotismo lo hay en todo el mundo. La dualidad idealismo-realismo está en la médula misma del hombre y la grandeza de Cervantes estriba en el arte con que supo encarnar esa realidad, no en un hombre especial, no en un raro, no en un atormentado, sino en un hombre ingenuo y bondadoso, en un hidalgo aldeano, sin recovecos mentales, en una persona tan comunicativa, tan cordial, que apenas nos adentramos en el relato de sus peripecias le tomamos afecto, lo consideramos como nuestro amigo, nos alegramos con sus triunfos y nos condolemos de sus descalabros. Pero la forma de *vivir* y de *expresar* esa dualidad, el grito de garganta de hombre en que se vierte al exterior, eso sí que es genuinamente español. Por eso nos parece oír a toda España en aquellas palabras que dice Don Quijote: “como si hablara dentro de una tumba”, cuando el Caballero de la Blanca Luna lo derriba y vence decisivamente: “Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esa verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra”. Esta afirmación del ideal en la derrota más que en el triunfo, este resignado reconocimiento de la propia impotencia, que no empece la inviolada majestad de la causa defendida, y este no querer una vida sin honor, son los rasgos dominantes del carácter español en todos los tiempos. Aquel quijotismo de “honra sin barcos, antes que barcos sin honra”, es consustancial a nuestra raza.

[152]





Hay pueblos para quienes el honor es cosa vinculada al triunfo. El español no sólo no piensa así, sino que, con un fondo melancólico, sedimento de sus muchas aventuras sin ventura, cree que existe cierta patética alianza entre el heroísmo y el fracaso, el honor y el vencimiento, la dignidad y la pobreza.

Don Quijote retornando molido y mohino a la casa donde sólo le espera ya la muerte, es el ejemplo de lo que Unamuno ha llamado el “sentimiento trágico de la vida” y que es en verdad el “sentimiento español de la vida”. Llega un momento en que se ha hecho todo lo que se puede y no hay más que replegarse y ponerse a bien con Dios. Para este final triste se conjugan un estoicismo aparente y un cristianismo esencial. Dos formas de la resignación: la estoica, serena y altiva; la cristiana, trémula y humilde. La primera reacción es no parecer que la derrota nos ha derrotado del todo ni dar la sensación de que apreciábamos en demasía aquello a que hemos tenido que renunciar. “Que arda la casa, pero que no se vea el humo”, clama españolamente la Raimunda de *La Malquerida* en uno de los pasajes culminantes del drama. La segunda reacción es de religioso convencimiento de que en efecto no valía tanto el bien que anhelábamos. Tras el orgulloso “no mandé mis barcos a combatir contra los elementos”, el humildísimo “hágase en mí, Señor, tu voluntad”.

En todo caso no se trata de una resignación apriorística o sistemática. Así puede ser la resignación del flojo, y del escéptico, no la del militante, la del agonista. A la resignación quijotesca se llega de regreso de un largo viaje a través de la incomprensión y la maldad de los hombres. Y no son tanto las mataduras físicas como los desengaños morales los que conducen a ella. “La renuncia”, como ha dicho un poeta de nuestra América, es “el viaje de regreso del sueño”. Pero hay que fletar nuestro entusiasmo, nuestra inteligencia y nuestra voluntad para ese viaje, si es que de veras somos hombres. No vale quedarse en casa ni ir hasta la esquina. Para poder renunciarlo todo con dignidad hay que haberlo tenido todo: lo grande y lo pequeño, lo bueno y lo malo, lo profano y lo santo. Don Quijote retorna de una aventura donde venció a gigantes y a enanos y su alma está ya más allá de las grandezas y pequeñeces de la vida. España perdió un mundo porque tuvo un mundo.

Pero unamunescamente nos fijamos demasiado en Don Quijote y nos olvidamos de Cervantes. ¿Quién era aquel ingenio

[153]





peregrino que desde la oscuridad de una vida miserable dió al mundo ese torrente de luz que es la sublime patraña del Caballero de la Triste Figura?

Algunos eruditos se han preocupado mucho por determinar si el novelista de Alcalá era o no era hombre de vastas lecturas y, sobre todo, por si fué o no fué un ejemplar del Renacimiento.

Prescindamos de la irreverencia que supone el catalogar a un hombre de la estatura de Cervantes como “ejemplar” de tal o cual especie, como si dijéramos un “pomerania” o un “chihuahua”. Si Cervantes fué un renacentista, ello no añadió un ápice a su genio, y si no lo fué, basta saber que había aprendido todo lo que necesitó para componer el *Quijote* en las cárceles de la península y en las galeras, cárceles del mar; en los palacios de Roma y en las tabernas de Sevilla, entre los moros de Argel y los cristianos de España, en todo lugar donde halló abierto a su curiosidad y su afán el libro de las empresas y los dolores del hombre.

Acaso la más breve y expresiva descripción de Cervantes fué aquélla que dió el licenciado Márquez Torres, que intervino en la aprobación de la segunda parte del *Quijote*: “Era viejo, soldado, gentilhombre y pobre”. El clásico hidalgo sin blanca, el hombre que por instinto se siente inclinado a una vida de superior decoro y no encuentra medios materiales para arribar a ella. Maritain ha escrito que tal vez la única forma de vida cristiana sea la de una “pobreza digna”. Porque pobreza no es miseria. Pobre es el que vive de su trabajo. Miserable es el que no halla trabajo con que vivir. La miseria no es compatible con la dignidad, porque desordena la conciencia del hombre, anarquiza sus sentimientos y acaba arruinando su sentido moral. La riqueza a veces del mismo modo, envileciendo al individuo por las vías de la sensualidad y la pereza. Cervantes es el tipo del cristiano laborioso y digno. Tuvo, sin embargo, que vérselas a menudo con la miseria, si bien bajo sus garras mantuvo intacto su nativo decoro. ¡Qué mucho si en la cárcel misma, “donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación”, se produce como un gran señor! Sólo un hombre de su temple puede reaccionar contra los escarnios e infortunios de una existencia inestable y errante escribiendo una obra sanguínea, pletórica, vital, exenta de toda acritud, de todo sistemático pesimismo. Porque si bien no puede calificarse de optimista el Qui-

[154]





*jote*, tampoco le vendría bien el dictado de pesimista. En este libro, como en la vida, se suceden las más dispares situaciones: al lance de risa sigue la dramática peripecia, a la caricia de la fortuna, el bandazo de la adversidad, y si el protagonista acaba su historia molido y quebrantado no es porque ello responda a una concepción derrotista de la existencia, sino porque, llevado de un ideal desorbitado y anacrónico, trató de someter el mundo a su ley, en vez de aceptar como buenas las leyes del mundo. La moraleja del *Quijote*, si alguna tuviera, es la del que se mete a redentor y acaba en crucificado.

Vagabundaje, cautiverio, enfermedades y prisiones, no lograron minar las fuentes de la bondad y la generosidad en este hombre, cuyos labios conservaron siempre la sonrisa del que comprende y perdona y de cuya boca no salió nunca palabra de provocación ni de odio. En este aspecto el prólogo de la segunda parte del *Quijote* es uno de los más bellos ejemplos de hidalguía que cualquier literatura puede ofrecer. Pero hay más: lo que no hicieron las penalidades - que a veces fortifican a contrapelo las almas - no lo hizo tampoco el triste oficio a que Cervantes tuvo que dedicarse para librar el sustento. Más que el Cervantes cautivo o preso, nos entristece la evocación del Cervantes recaudador de alcabalas, el hombre que iba de puerta en puerta, de lugar en lugar, tratando de sacarle algo para el fisco a un pueblo cada día más empobrecido y esquilado. ¿Suponéis reclamando y cobrando a quien, por temperamento, era más amigo del dar que del tomar? ¿Lo imagináis tolerando resignada y gravemente los portazos, las caras de vinagre, las torpezas y blasfemias de los requeridos, que como buenos españoles, se mostraban reacciones a todo que lo significase cooperar al sostenimiento de las cargas públicas y suponían que las contribuciones eran una invención diabólica para engordar a unos cuantos a expensas de los demás? Se comprende que Cervantes fuese a parar a la cárcel más de una vez como consecuencia de este pícaro oficio. ¿Qué podía saber de números él, que era hombre de letras?

Para huir de esta tiranía burocrática pidió ser destinado a las Indias. Esto era burocracia también, pero teñida de aventura y por consiguiente mejor avenida con su vocación y hasta con su historia. Tenía derecho a ello, pues había perdido una mano en Lepanto y había padecido en Túnez bajo el pendón de Juan de

[155]





Austria. Parece, sin embargo, que no encontraron en él los valores que entonces se cotizaban para esa clase de servicio. Cervantes, en efecto, no tenía alma de contrabandista ni de encomendero. En el círculo de su vida errabunda, el destino le había reservado un breve segmento de reposo, siquiera fuese tras los barrotes de una cárcel, para escribir un libro inmortalizador. La providencia tiene sus misteriosos designios. De haber sido enviado a América, tal vez Cervantes, desglosado de su propio medio, con otras preocupaciones, viviendo a un ritmo distinto, no hubiese escrito el *Quijote*. Acaso fué necesario que el alcablero por fuerza viese desvanecidas todas sus ilusiones, cerrado todo su horizonte, para que decidiese seguir la única profesión a que realmente estaba llamado. Al morir en él toda esperanza, el hombre de letras revivió con más ímpetu que nunca y con esa pasión febril a que se entrega el escritor cuando no puede responder a ninguna otra solicitud, escribió el grueso infolio de la primera parte del *Quijote*.

Andaba ya por el otoño de una vida maltratada en exceso. La segunda parte aparecerá un año antes de su muerte. Un dato interesante, revelador de su extraordinaria vitalidad, es que ese año publicó además ocho entremeses y ocho comedias y en el mismo de su muerte el *Persiles y Segismunda*, cuya dedicatoria al Conde de Lemos firmó “puesto ya el pie en el estribo”. Esta fecundidad en la vejez hace buena aquella afirmación suya en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* de que “no se secribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años”.

Esta tardanza de su ingenio en dar sus mejores frutos le impidió gozar de una gloria que apeteció siempre y que fué, sin duda, el gran sostén de su ánimo en medio de las mayores vicisitudes. Porque Cervantes, fracasado en todo linaje de actividades utilitarias, tenía una gran confianza en sus aptitudes de artista. Desde la frustración de su vida práctica, el poeta, el escritor, clama atención para su poesía, para su teatro, para sus novelas. Cuando en un pasaje de burlas crueles, Don Quijote dice con grave seguridad “yo sé quien soy”, es Cervantes el que habla detrás de su más grande criatura. Y el único rasgo de orgullo que se nota en su novela principal es aquél en que, por boca de Cide Hamete Benengeli, dice: “Para mí sólo nació Don Quijote y yo para él; él supo obrar y yo escribir”. (Adviértase, de paso,

[156]





la curiosa expresión “y yo para él”, que subordina el autor a su personaje, dentro de una concepción pirandélica ya apuntada por Américo Castro). En el lema del escudo que orna la portada de la primera edición aparece esta leyenda: “Post tenebras, spero lucem”. En vida no pudo Cervantes alcanzar la fama que tanto persiguió. Su teatro no podía competir con el de Lope y sus coevos. Y el interés despertado por el *Quijote* no pudo cuajar en gloria por lo muy poco que el autor sobrevivió a su obra. Pero el lema del escudo se cumplió. Pasadas las tinieblas terrenales, una luz solar se proyectó sobre aquella impar figura. Cervantes está entre los cuatro o cinco grandes del mundo. Coleridge decía que “los mayores genios creadores del mundo moderno son Dante, Shakespeare, y Cervantes y Rabelais”. Para nuestro gusto sobre aquí el artífice de Gargantúa, pues su épica carcajada no trasuda esa “leche de la bondad humana” en que mojaron su humorismo el cisne del Avon y el hidalgo de Alcalá. Dante en lo divino. Cervantes y Shakespeare en lo humano, componen una trinidad de grandeza a la que es difícil que alguien más pueda sumarse sin pecar de intruso.

